



TEMA: VOCACIÓN CÍVICO POLÍTICA

CUANDO UN JOVEN SIENTE VOCACIÓN POLÍTICA

La política necesita gente joven, de eso no hay duda. Una nueva generación de dirigentes. Sin embargo, no pareciera haber muchos dispuestos a asumir el desafío ¿Cuál es el problema? Evitemos las especulaciones teóricas y tomemos el caso concreto de un joven interesado en participar.

Bienvenidos a la jungla

De partida, la convocatoria deja mucho que desear. Es -en todos los casos- un conjunto de palabras que caen en voluntarismos repetidos. Los partidos políticos todavía no se han dado cuenta de que los jóvenes de hoy aprendimos muy bien la lección del siglo XX, y ya no aceptamos idealismos prefabricados ni frases hechas. "Vengan a construir la nueva política", "vengan a trabajar por un nuevo modelo"... demasiado "rimbombante", para la época en que vivimos. Lo sorprendente es que las mismas juventudes políticas utilicen este discurso para exhortar a la participación.

El *marketing* -sin embargo- es comprensible. Sin el ropaje de esas pomposas palabras, la invitación espantaría a cualquiera por su temeraria crudeza: "Mira chico, la política es el arte de lo posible y esto -hoy en día- significa que *vale todo*, así que a "apretar los dientes" y... *welcome to the jungle*." Sólo los inescrupulosos, aceptarían el convite.

Pero supongamos un joven o, mejor aún, un grupo de jóvenes altamente capacitados en sus respectivas profesiones, que se atreven a participar inspirados por nobles ideales. Desde el comienzo la *praxis* política los pondrá a prueba ¿Cuál será tu grado de compromiso? Se puede hacer política en forma ocasional (cuando votamos), como actividad secundaria -cuando tengo un poco de tiempo y ganas- o como profesión principal. Los dos primeros, lamentablemente, son "inofensivos" para esa *praxis*. Es como si un jugador de fútbol, habilidoso pero amateur, jugara en un partido de Boca-River. Como mínimo será intrascendente, como máximo saldrá lesionado y decepcionado por lo poco que pudo hacer.

Del grupo ya nos han quedado menos. Sólo aquellos que tienen una verdadera vocación política estarán dispuestos a comprometerse al máximo. Pero aquí viene el problema más dramático: ¿de qué van a vivir? ¿Cuál será su sostén económico? Max Weber decía que hay dos formas de hacer de la política una profesión. O se vive "para" la política o se vive "de" la política. En el nivel teórico no deberían ser excluyentes pero Weber se refería a un nivel más *grosero*: el nivel económico. Vive *de* la política quien trata de hacer de ella una fuente duradera de ingresos; vive *para* la política quien no se encuentra en este caso. El que depende del sueldo público para vivir -ése es el problema- pierde su independencia y comenzará a callar, aunque no esté de acuerdo, para "cuidar el puesto". De más está decirlo: lo último que queremos son jóvenes líderes que aprendan a callar por dinero.

Para que alguien pueda vivir "para" la política tiene que ser económicamente independiente. Hoy en día -en un mercado tan competitivo- esa condición exige dedicación plena. Tendría que darse el caso de un joven cuyos ingresos económicos no comprometieran su tiempo, pero ¿quién puede cumplir con este requisito? He aquí la mayor adversidad para el joven bien intencionado que quiere entregar a su comunidad alma y vida: cómo dedicarse a la política sin vivir de ella.

Dame y te doy

Un puñado de idealistas se decide -a pesar de todo- a continuar. La *praxis* vuelve a increparlos ¿Cuánto están dispuestos a ceder en este juego de transacciones? En política se arregla -o se "transa"- con tres grandes grupos. En primer lugar con los seguidores que, en no pocos casos,



no comparten el mismo grado de "idealismo" que el líder y esperan verse recompensados de alguna manera.

En segundo lugar uno cede frente a los intereses sectoriales en favor de apoyo económico o de otro tipo. Al final de cuentas, para competir en una elección se necesita mucho dinero y poder de convocatoria.

Por último hay transacciones con el oponente. Si uno se niega en forma rotunda, y sobre todo si es minoría, se convierte en un *paria*. Podrá emocionar con su actitud a los televidentes pero políticamente queda inhabilitado. "Que renuncie" dirán los moralistas, pero dejar todo en la mitad de camino -en la mitad de la vida- es una decisión dramática para un político y para cualquiera. Además la política no funciona con intransigentes. Necesita "dialogantes".

El verdadero problema es que hay muy pocas personas con autoridad para enseñar las reglas éticas del diálogo y de la transacción en política. Y por eso los jóvenes, sentimos que en política deberemos entregar "hasta nuestra madre" y nos asusta.

La política como sacerdocio

¿Cuántos jóvenes pueden quedar en pie luego de tantas investiduras? Eso que no hemos mencionado las luchas internas (el que no lucha no asciende), la pérdida de la privacidad, y el riesgo de jugar el honor en cada opinión del votante y en cada artículo de prensa. En verdad sólo quedarán aquellos que lleven en el alma una especie de "fuego sagrado".

Para sobrellevar semejante tensión necesitamos jóvenes políticos que tomen su labor como una especie de *sacerdocio cívico*. Sólo aquél que se sienta elegido para una misión trascendente no será corrompido por el poder y aceptará el riesgo de vivir "para" la política, aunque la suerte pueda depararle luego más de una penuria económica. Sólo esa conciencia le permitirá aprender cuándo es legítimo acordar, cuándo ceder, y cuándo no transigir. Sólo un espíritu así inspirado podrá tener mesura frente a los mil y un problemas que presentará la realidad, y las presiones de sus seguidores y sus enemigos.

La gran falencia de hoy es que no hay muchas instituciones (ni la familia, ni la escuela, ni la universidad, ni los medios de comunicación, ni las ONG) que alienten en los jóvenes este "fuego sagrado". Y mientras ello no suceda, nadie querrá dedicar su vida a la política.

Conozco a más de uno que -a pesar de todo- tienen fuego en su corazón, aunque no se animan a manifestarlo. Con ellos puedo compartir una convicción: sólo cuando muchos jóvenes nos decidamos a participar "en serio" y a tomar nuestra vocación pública como un noble llamado, ese día la política empezará a cambiar. No dejemos que pase mucho tiempo.